

Cuidar la Casa Común: una misión permanente, COP tras COP

Eduardo Agosta Scarel, O. Carm.

Asesor en Incidencia Política del Movimiento Laudato Si'



“Creo que Francisco es el ejemplo por excelencia del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad. Es el santo patrono de todos los que estudian y trabajan en torno a la ecología, amado también por muchos que no son cristianos” (LS10)

Desde hace ocho años, con la aparición de *Laudato Si'* (2015), la encíclica ecológica del Papa Francisco, el nexo entre fe y obras nunca ha sido tan claro para el mundo creyente: porque crees en la resurrección, porque esperas en los “cielos nuevos y tierra nueva” (Ap. 21, 1) es que hoy cuidas de la casa común —cuidas de esta tierra que habitas—, como cuidas de tu hermano pobre y de ti mismo. Son las obras de respeto y cuidado del prójimo, de cada criatura, de tu casa, los más claros signos de esta mayor esperanza escatológica, tan católica como el crucifijo y el belén. La carta pastoral esclareció que la primera instrucción ecológica la encontramos en el mismo libro del Génesis, cuando Dios puso al ser humano en el oasis del jardín del Edén —lugar de tensión vital y delicada en medio del desierto—, para “cuidarlo y cultivarlo” (Gn. 2, 15) y para hacer de esa geografía, tan finita y tan frágil, una tierra habitable para todos.

De este modo, *Laudato Si'* trazó las prioridades de la incidencia político-social de la misión de la Iglesia en el campo de la ecología integral para este siglo, que son el cambio climático y la pérdida de biodiversidad. Clima y biodiversidad forman parte del bien común, garante de las condiciones socioambientales que facilitan, junto a la paz, el alimento, la salud, y la educación, el desarrollo integral humano, en profundo respeto de la dignidad de la persona humana.

La ciencia ha mostrado que tanto el clima como la biodiversidad son dos límites planetarios fundamentales que no hay que trasgredir, si queremos mantener la frágil sostenibilidad de la vida en la tierra, la casa común, tal como la hemos conocido hasta hoy. Estas prioridades han sido reconocidas por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), único espacio multilateral de diálogo y cooperación que la comunidad política mundial posee actualmente. Pese a sus limitaciones, que también la encíclica describe, es este espacio político, o serán las bombas, el que arreglaría las diferencias. Por eso, desde la gran Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992, se tienen periódicamente la Cumbre de la Biodiversidad y la Cumbre del Clima, conocidas ambas como Conferencia de las Partes (COP, en sus siglas en inglés), en la que los países se sientan en una mesa común, a escucharse e intentar poner lo mejor de sí en búsqueda de preservar el bien común.

La pieza clave: el clima

La última Cumbre de la Biodiversidad fue la COP 15 en Montreal, en diciembre del 2022, y la última Cumbre del Clima ha sido la reciente COP 28, en Dubái. Tanto el clima como la biodiversidad son dimensiones de sostenibilidad de la Tierra en mutua interrelación, siendo el clima la pieza clave y más importante en estos momentos y, por tanto, su cumbre, la más famosa. De las casi treintena de cumbres climáticas, la que descuella es la COP 21 de París, en 2015, porque allí se estableció el Acuerdo de París, en el que los países por primera vez reconocieron unánimemente el desafío global del cambio climático y la necesidad de no trasgredir el límite de calentamiento global más allá

de 1,5°C (o su equivalente en emisiones acumuladas de dióxido de carbono, no superar el umbral de 450 partes por millón (ppm). En el 2015 ese valor era de 399 ppm. Hoy es 419 ppm. Al ritmo que vamos, a mitad de la década del 2030 superaremos el límite planetario). Este límite es para resguardar, como se ha dicho, la sostenibilidad de la vida y las condiciones ambientales que favorecen la prosperidad de lo viviente.

¿Qué es, pues, lo que ha fallado desde entonces? Se ha fallado en la implementación de acciones concretas para hacer frente a la crisis climática. En los papeles sólo se han reflejado buenas intenciones, ambiciones nacionales, pero nada en concreto. Las emisiones de gases que causan el problema climático están íntimamente ligadas con la quema de combustibles fósiles, a saber, carbón, petróleo y gas, en orden de importancia. Y éstos paradójicamente constituyen la base del sistema energético global y, en cierta medida, el entresijo geopolítico de control y dominio internacional del último siglo. Una gran madeja política, económica y social muy desigual entre los países, que hay que desenredar, y que no es fácil de hacer.

La ciencia ha hablado en varias oportunidades. El último ciclo de Informes del Panel de Expertos del Cambio Climático de la ONU (IPCC, en sus siglas en inglés. 2021-2023) puso plazos y cantidades concretas para lograr la descarbonización de las sociedades. La ciencia indicó claramente que el pico de emisiones de gases de efecto invernadero debe alcanzarse en el 2025 e inmediatamente se han de reducir las emisiones de CO₂ en un 43 % para el 2030, 60 % para el 2040 y en 84 % para el 2050, comparado con las emisiones globales del 2019, para poder así lograr cumplir con la meta de calentamiento global no superior a 1,5°C del Acuerdo de París. Por su parte, la Agencia Mundial de Energía en su informe sobre el ‘Escenario 2050 de Emisiones Netas Cero’

Laudato Si' trazó las prioridades de la incidencia político-social de la misión de la Iglesia en el campo de la ecología integral

(2023) y otras instituciones académicas advirtieron que para lograr estas metas hay que avanzar por el abandono de los combustibles fósiles de manera ordenada, gradual y equitativa. Indicaron, además, que confiar en tecnologías de captura y almacenamiento de carbono para continuar produciendo combustibles fósiles “mitigados” o “amainados” (“abated” en inglés) no es una estrategia adecuada por la escala de la crisis, porque no se puede aplicar en todas las circunstancias, porque puede demorar inútilmente las decisiones más efectivas, y porque trae peligrosas consecuencias en determinadas circunstancias.

Dado lo anterior, la COP 28 del clima, celebrada del 30 de noviembre al 13 de diciembre en Dubái, era considerada una pieza clave, pues el tiempo que se tiene por delante no es amplio; no hay tiempo para más dilaciones. El gran elefante blanco en las negociaciones de la ONU ha sido hasta ahora los combustibles fósiles, que nunca, ni en el Acuerdo de París, se habían puesto en cuestionamiento.

Exhortación apostólica Laudate Deum

Por eso, la Santa Sede, bajo el liderazgo del Papa Francisco, publicó el 4 de octubre del 2023, una exhortación sumamente indiciosa en el corazón de la crisis climática, la exhortación apostólica *Laudate Deum* (LD). Allí Francisco despachó una dura crítica a la vergonzosa emulación política de pretender actuar noblemente por el bien común y la



Redes católicas unidas abogando por la eliminación gradual de los combustibles fósiles y la justicia climática en la COP28



El Papa Francisco dirige en la Plaza de San Pedro el Mensaje de Apertura de la Semana Laudato Si' en 2023

generación futura y, sin embargo, sólo defender intereses creados de países o empresas (cf. LD, 60). Asimismo, trazó el posicionamiento de la Santa Sede ante la COP 28, que el propio Francisco presentó en su mensaje como mandatario del Estado Vaticano, en boca del Cardenal Parolín que lo reemplazó por cuestiones de salud, al comienzo de la cumbre de Dubái:

“Que esta COP sea un punto de inflexión, que manifieste una voluntad política clara y tangible, que conduzca a una aceleración decisiva hacia la transición ecológica, por medio de formas que posean tres características: «que sean eficientes, que sean obligatorias y que se puedan monitorear fácilmente» (LD, 59). Y que se realicen en cuatro campos: la eficiencia energética, las fuentes renovables, la eliminación de los combustibles fósiles y la educación a estilos de vida menos dependientes de estos últimos».

Por tanto, la posición de la Santa Sede sostenida a lo largo de las negociaciones de esta cumbre, en materia de mitigación del cambio climático, ha sido la de apostar por una transición que abandone los combustibles fósiles, su total eliminación, de forma acelerada, ordenada, equitativa y justa, sin dejar a nadie atrás, en línea con la mejor ciencia disponible, aumentando las energías renovables y la eficiencia energética. Postura que fue compartida por

más de ciento veinte países y que quedó reflejada por primera vez en el documento más esperado de esta cumbre, el ‘Global Stocktake’ (GST, Inventario Global). Por primera vez los países reconocieron y se comprometieron a hacer todo lo posible para alcanzar el pico de emisiones en el 2025, y abandonar la era de los combustibles fósiles en los próximos años, siguiendo las prescripciones de la ciencia. En este sentido, éste es el mayor logro de esta COP que merece ser destacado. Como dijo el secretario general de la ONU, António Guterres al cierre de la cumbre: “Quiérase o no, la eliminación gradual de los combustibles fósiles es inevitable”.

Sin embargo, la debilidad del documento es que la “transición lejos” de los combustibles fósiles quedó debilitada, y como un menú a la carta. En sí mismo no hay nada vinculante, y los combustibles fósiles se podrán seguir produciendo y consumiendo, mientras haya demanda o se apliquen, por ejemplo, las dudosas tecnologías de captura y almacenamiento de carbono. Mientras no se reconozca la necesidad de poner fin a la expansión, producción y consumo de todos los combustibles fósiles, lejos estamos de su real eliminación.

Tampoco se ha establecido la necesaria financiación a los países en desarrollo para que puedan eliminar gra-



El cardenal Secretario de Estado, Pietro Parolin, transmitió en la COP28 un contundente mensaje del Papa Francisco que combina la protección de la Creación con la ciencia, para alentar las decisiones a favor del desarrollo de las energías renovables, apoyando la educación para estilos de vida sostenibles y la eliminación de los combustibles fósiles



En pequeño, justo en el tamaño necesario para que se lea sin dificultad el texto. Es preferible que no vayan juntas, la de la encíclica antes que láudate deum y en páginas diferentes por favor

dualmente los combustibles fósiles de sus economías altamente dependientes de ellos. Esto sólo será posible cuando los países exijan a la ONU la implementación de un Tratado de No Proliferación de Combustibles Fósiles que complemente el Acuerdo de París. Algo que ya han hecho doce países en esta cumbre, entre ellos, Colombia a la cabeza.

No hay vuelta atrás

Con todo, estamos ante un punto de inflexión. El tema se ha instalado en la mesa. No hay vuelta atrás. En los próximos años, los países más serios y responsables con la ciencia y los más afectados por el cambio climático hoy, irán haciendo bien la tarea, de manera de que lleguemos al 2030 con una drástica reducción global de las emisiones. Es cuestión de tiempo. Y aquellos países que hayan optado por opciones del menú poco acertadas, o incluso contrarias, no tendrán más opción que ajustarse a la dieta que corresponde. Ojalá que no sea tarde para que un tratado vinculante que elimine los combustibles fósiles se ponga en marcha.

Mientras tanto, como Iglesia, seguiremos trabajando también por la transformación cultural, política, económica y social, para que la transición hacia estilos de vida sostenibles y modelos de producción y consumo sostenibles sea el objetivo deseado por todas las sociedades. Sólo así podremos alcanzar auténticas vías sostenibles de desarrollo humano integral, en las que los fondos para pérdidas y daños o para la adaptación ya no serían necesarios, porque la crisis climática sería historia, y estaríamos viviendo en un mundo más justo y mejor.

Se ha fallado en la implementación de acciones concretas para hacer frente a la crisis climática